La proyección internacional de España ante el nuevo milenio*

FERNANDO OLIVIÉ
Embajador de España

Al final de los años setenta, siendo yo Embajador de España en la Yugoslavia de Tito, el Ministerio Español de Asuntos Exteriores me encargó que organizara un encuentro entre un funcionario que dirigía un Departamento de Prospectiva en nuestro Ministerio y su homólogo yugoslavo, si es que existía tal homólogo.

Con este motivo tuve una interesantísima conversación con el Subsecretario de Asuntos Exteriores de Yugoslavia, que era un veterano diplomático con mucho sentido del humor y con quien yo había trabado una buena amistad. El Subsecretario, al conocer el objeto de mi visita, me dijo riendo, que para reunirse con el funcionario español sólo disponía de una gitana poseedora, eso sí, de una excelente bola de cristal. A continuación, y hablando ya en serio, dejó entrever su preocupación por el futuro próximo de Yugoslavia, un país pluricultural, pluriétnico y plurirreligioso que se mantenía unido gracias a la autoridad de un Mariscal Tito que estaba ya al final de su vida.

No recuerdo bien por qué no se celebró el encuentro entre los dos augures oficiales de ambos Ministerios, pero no olvidé nunca mi conversación con el alto responsable de la Diplomacia yugoslava. Dos diplomáticos —mi interlocutor y yo mismo— que habíamos dedicado nuestras vidas a servir a nuestros respectivos países en el ámbito de la Política Exterior y que habíamos tenido que advertir muchas veces a nuestros Gobiernos sobre

* Fecha de recepción: 16-abril-2000.

acontecimientos que todavía no se habían producido, nos sentíamos incapaces de adivinar lo que iba a ocurrir en una zona del Mediterráneo a la que pertenecían nuestros dos Estados.

El conocimiento previo de lo que sucedería muerto ya Tito, hubiera sido muy útil para mi interlocutor. Entrever el futuro es esencial para prepararse ante los retos y problemas que trae siempre consigo. Desde el oráculo de Delfos hasta las modernas empresas encargadas de la realización de sondeos y encuestas de opinión, la Humanidad ha tratado de adivinar el porvenir y ha ensayado la puesta en marcha de todo género de instrumentos para lograr acertar en sus predicciones.

Puede decirse que dos profesiones —los meteorólogos y los diplomáticos— viven prácticamente del ejercicio de la adivinación.

Para realizar con eficacia su labor los meteorólogos han creado una serie de instrumentos científicos que les permiten calcular, con bastante exactitud, las variaciones climáticas a corto plazo. Los diplomáticos estamos más desprovistos de medios a la hora de asomarnos al futuro. Creo que el único importante y eficaz que tenemos al alcance de la mano es el conocimiento del pasado inmediato y de la realidad presente para poder, desde estas bases, escudriñar cómo podrá evolucionar la situación internacional futura y el lugar que nuestro país ocupará en la misma.

Utilicemos pues ese instrumento para tratar de atisbar la proyección internacional de España al comienzo del milenio en cuyo umbral nos encontramos.

La evolución de nuestra situación internacional en el pasado inmediato

Como hay que arrancar de alguna fecha para determinar cualquier período que queramos estudiar, escogeremos el año 1953 para fijar el comienzo de nuestro pasado inmediato visto desde el ángulo de nuestra situación internacional.

¿Por qué 1953? El año 1953 es un año clave en la Historia de nuestro país. En septiembre de ese año los Estados Unidos firmaron con España unos acuerdos de colaboración militar —una alianza político militar— que es la primera de esa índole que España suscribiría desde 1808, año en el que Londres y Madrid se aliaron para combatir a Napoleón.

Se ha dicho que los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953 son unos acuerdos muy desiguales a favor de Norteamérica. Es cierto. No podía ser de otro modo dada la diferencia de poderío militar y de riqueza existente entre los dos signatarios.

Es cierto también que el Gobierno de Washington al firmar los acuerdos procuró que esa firma no se interpretara como una bendición sin condiciones otorgada a un Régimen español —el de entonces— que no le gustaba. Un Régimen que había condenado oficialmente unos cuantos años atrás. Un Régimen que repugnaba a la mayor parte de la opinión pública norteamericana y frente al que se sentían hostilmente beligerantes los principales aliados europeos de Washington.

Precisamente esta atmósfera anti-española da más relevancia y hace más importantes todavía los acuerdos de 1953, pues si los mismos se suscribieron fue porque nuestro país, por primera vez en más de un siglo, se había convertido en necesario para sus vecinos occidentales y atlánticos.

Desde el Congreso de Viena de 1815 que puso fin a las guerras napoleónicas, España no había sido necesaria ni para organizar las paces europeas ni para ganar las guerras que asolaron a nuestro continente.

El Imperio español se había desintegrado en Ayacucho (1824) y en Santiago de Cuba y Cavite (1898), y los países herederos de ese Imperio —la Metrópoli incluida— habían caído en el subdesarrollo y se habían convertido en países tercermundistas. Los hispanoamericanos quedaron insertos en la esfera de influencia de los Estados Unidos y España en la de Inglaterra y Francia.

Tan innecesario, tan irrelevante llegó a ser nuestro país desde 1815 a 1953, que en la primera Conflagración mundial y a principios de la segunda ninguno de los bandos contendientes solicitó nuestra colaboración militar[1]. No se nos quiso ni como enemigo ni como aliado. Todos prefirieron que España permaneciera neutral. La confianza en la eficacia de nuestra posible aportación brilló por su ausencia en uno y otro bando.

A partir de 1950, es decir a partir del bloqueo de Berlín Occidental y de la guerra de Corea, la situación cambió. La alianza ruso-americana contra el Eje se deshizo y fue sustituida por una rivalidad entre Moscú y Washington que dividió al mundo en dos bandos hostiles y decididos el uno y el otro a imponerse —incluso por la fuerza— al contrario.

En estas circunstancias España se convirtió en pieza clave del dispositivo defensivo occidental. El Pentágono quiso integrarla en la OTAN pero Inglaterra y Francia se opusieron, llegando a amenazar con dejar la Alianza si nuestro país era invitado a unirse a la misma. Entonces los Estados Unidos decidieron concertar con España una alianza militar bilateral. En función de este objetivo se firmaron los mencionados acuerdos de 1953.

A partir de 1953, la situación de España en el mundo cambió radicalmente. Poco a poco, muy lentamente, nuestro país empezó a ser aceptado en los distintos foros internacionales —ingresó en las Naciones Unidas en 1955— y tuvieron que tenerse en cuenta nuestros intereses que desde hacía un siglo, cuando estorbaban, eran ignorados. En 1953 nuestra «decadencia» tocó el suelo y a partir de ese año iniciamos un ascenso por la escala de la modernización y del progreso que todavía no ha terminado pero que ya ha producido beneficiosos resultados que se están viviendo día a día en nuestra sociedad.

Cuando los historiadores del futuro estudien la evolución internacional de la España de la segunda mitad del siglo XX, podrán constatar cómo nuestro país va, desde 1953,

1 En la Segunda Guerra Mundial, las Naciones Unidas no buscaron nuestra alianza y el Eje sólo lo hizo ya muy entrada la guerra cuando en 1940, después de derrotada Francia, decidió hacerle la guerra a Gran Bretaña. Una guerra que se iba a desarrollar fuera del territorio estrictamente europeo y para la que nuestro país pareció ser necesario.

rompiendo el aislamiento diplomático que sufrió desde el fin de las guerras napoleónicas, ruptura que se acelera a partir de 1975 y cómo paralelamente la sociedad española va saliendo de la miseria y de la pobreza en las que cayó al deshacerse el Imperio hispano. Podrá constatar cómo se enriquece poco a poco hasta ir acercando su renta *per cápita* a la de los otros países miembros de la Unión Europea, en la que ingresó en 1986[2].

La situación actual de España en el escenario internacional

Descrita a grandes rasgos nuestra evolución internacional en el pasado inmediato, es esencial tratar de interpretar con exactitud nuestra situación presente en lo que nuestros abuelos llamaban «el concierto de las Naciones».

Lo primero que un observador superficial de la realidad española percibe es que nuestro país es miembro pleno de la organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y miembro también de la Unión Europea, y dentro de ésta última, socio de los once países que comparten una misma moneda: el Euro.

¡Excelente situación la de España! sería el juicio proferido por ese hipotético observador. El Estado español tiene resuelto el problema de su seguridad y también el de su bienestar económico, cosa a la que aspiran todos los países del mundo y sólo unos pocos llegan a alcanzar. Es más, la riqueza material de España va en aumento ya que su renta «per cápita» que es el 81,2% de la renta media de la U.E. se supone que en 32 años[3] habrá llegado a ser el 100%.

Esta doble percepción es cierta. Pero es cierta parcialmente, como se comprueba al examinarla con más detalle. En efecto, si profundizamos en el examen de la situación económica de la España de principios del siglo XXI, podremos confeccionar una radiografía que se caracteriza por lo siguiente:

- Nuestra pertenencia a la Comunidad Económica Europea desde enero de 1986, ha contribuido sustancialmente a la modernización y enriquecimiento de la sociedad española, y sobre todo al hecho de que España comparta ahora intereses económicos generados por la Unión Europea que son patrimonio de todos los socios de dicha

2 La evolución de la renta «per cápita» española desde final de los años 50 a nuestros días es el mejor indicador del progreso que experimenta la sociedad española.

En 1960 con una población total de 30,5 millones de habitantes, nuestra renta «per cápita» fue de 314 dólares. En 1970 con una población de 33,8 millones de habitantes, la renta «per cápita» española fue de 960 dólares. En el curso de los años 70 la sociedad española experimenta un gran avance económico y con una población de 37,5 millones de habitantes pasa a disfrutar de una renta «per cápita» de 5.300 dólares. En 1990 la población española es de 39,1 millones y la renta «per cápita» de 6.023 dólares.

Al final de 1999, la renta «per cápita» española ha alcanzado los 16.240 dólares lo que equivale a algo más del 81% de la renta media de la Unión Europea que se cifra en unos 20.000 dólares.

3 El Profesor José Déniz Espinós, en un interesante ensayo publicado por el Instituto Español de Estudios Estratégicos en 1998 dice que nuestro país tardará 35 años en alcanzar la renta media de la Unión Europea. «España: Un siglo de grandes cambios económicos». *Cuadernos de Estrategia*. Número 97.

Unión y no de unos u otros de sus miembros. Se trata de intereses que, de no haberse creado la UE, no hubieran llegado a existir. La UE es pues vital para nuestra sociedad española.

Pero no hay que olvidar que el desarrollo económico y la modernización de nuestro país empezó en los años 50[4], es decir antes de nuestro ingreso en la Comunidad Económica Europea, y que durante esos 26 años que tuvo que esperar para entrar en la misma, España no dejó de crecer hasta alcanzar, justo en vísperas de nuestra admisión al Tratado de Roma, el noveno lugar en el escalafón de los países desarrollados. Es más, en los años inmediatos a dicha adhesión nuestra posición económica sufrió una reducción sensible que fue luego sobrepasada.

Como hemos visto en los comienzos del año 2000 esa renta española ha vuelto a recuperar su ritmo de crecimiento. La larga etapa de crecimiento que se inició en los años 50, continuó durante la transición a la democracia y se aceleró y afirmó cuando la estabilidad política se consolidó.

Nuestro enriquecimiento que, como hemos visto, empezó una veintena de años antes de nuestro ingreso en la Comunidad Económica Europea, se debió a muchas causas. A la liquidación de nuestro proteccionismo, que ahogaba a la sociedad española desde principios del siglo XIX; a la apertura de nuestra economía a la economía mundial; a la ayuda económica norteamericana que cebó la bomba que puso en marcha nuestro desarrollo, y naturalmente a nuestro ingreso en la Europa económica.

En los años 50 terminó nuestro histórico descenso a los infiernos del subdesarrollo y comenzó nuestra ascensión al paraíso de la prosperidad occidental. Este ascenso, este ritmo de crecimiento español es más acelerado que el del resto de Europa y ello se explica porque la sociedad española partía de un nivel más bajo. En estos momentos —comienzos del año 2000— España crece un punto por encima del resto de sus socios de la UE. Ahora bien, ese crecimiento se debe a muchas causas. Económicamente hablando, nuestro país está muy ligado a unos socios europeos con los que realiza el 60% de sus intercambios comerciales. Pero por otro lado nuestras inversiones fuera de Europa son cada día más importantes. La renta de nuestras inversiones extranjeras en Europa y fuera de Europa y nuestro comercio exterior contribuye a la formación de más del 61% de nuestro PIB y viven de ella 7 millones de españoles.

España —a diferencia de Suecia o de la propia Alemania— no es un país exclusivamente europeo. La historia pasada y el futuro de Suecia o de Alemania nacen y mueren en Europa. La de España —como la del Reino Unido— se extiende a otras zonas del planeta que son hoy en día parte del mundo occidental —un trasunto de Europa en Ultramar— gracias precisamente a España y al Reino Unido.

Si se produjera una catástrofe que amputara a España de su vertiente no europea y especialmente de su vertiente iberoamericana, nuestro país vería inmediatamente

4 Obra citada del Profesor Déniz Espinós.

reducida su estatura internacional y su nivel de vida sufriría un gravísimo quebranto. Es más, también lo sufrirían nuestros países hermanos de Iberoamérica, cuya vinculación con el Occidente europeo se debe en gran medida a su vinculación pasada y presente con nuestro país. Una España alejada de América podría ocasionar que esa América terminara desentendiéndose de Occidente.

Cuando, restaurada la democracia, se inició la etapa negociadora con la CEE que condujo a nuestro ingreso en dicha Comunidad, las clases dirigentes y la intelectualidad iberoamericana expresaron su temor a que la adhesión de España a la Europa económicamente institucionalizada rompiera los lazos de nuestro país con sus hermanos del otro lado del Atlántico. Yo servía entonces en Colombia y fui testigo fiel de ese temor. La realidad lo ha hecho desaparecer. Una España europea está más cerca y es más útil a Iberoamérica que una España aislada del resto de Europa.

En resumen, se puede afirmar que la pertenencia española a la UE no colma por sí sola todas las aspiraciones de la sociedad española. España es, en cierto modo, un país iberoamericano que ha entrado a formar parte de una sociedad europea (la UE) a la que le vendrá muy bien esa iberoamericanización de nuestro país, si la sabe utilizar y si nuestras clases dirigentes le enseñan a utilizarla. En efecto, la gran potencia económica que ha sido la UE, está empezando a convertirse también en una gran potencia política con una personalidad internacional definida y una Política Exterior propia.

Uno de los aspectos más importantes de esa Política Exterior de la Unión Europea que se está configurando, es el que vincula estrechamente dicha Unión a los EE.UU, vinculación que impone y cuida Gran Bretaña, país también a caballo entre Europa y Ultramar. Del mismo modo, España tiene que contribuir a que la UE considere como uno de los futuros grandes objetivos de su Política Exterior el mantenimiento con Iberoamérica de una relación similar a la que ya mantiene con Norteamérica.

Lo descubierto al examinar qué es lo que se esconde tras nuestra evolución económica permite afirmar que la UE y sólo la UE no puede colmar todas las aspiraciones de la sociedad española. Del mismo modo nuestra pertenencia a la OTAN no garantiza al cien por cien nuestra seguridad. Ser miembro de la OTAN es esencial para España. Ello nos protege de una hipotética amenaza a Occidente que por el momento se ha eclipsado pero que podría resurgir de alguna forma en el futuro.

Pertenecer a la OTAN amortigua, además, los conflictos de intereses que puedan producirse con nuestros socios o algunos de nuestros socios. Ser miembros de la OTAN garantiza que nuestras Fuerzas Armadas tengan o puedan tener el mismo nivel de eficacia que las Fuerzas Armadas de los otros miembros de la OTAN. Pero pertenecer a la OTAN no garantiza nuestra seguridad en los territorios situados inmediatamente al sur del Estrecho de Gibraltar, territorios en los que España tiene intereses vitales y obligaciones históricas.

El famoso Eje Baleares-Estrecho-Canarias del que hablaron en su tiempo nuestros estrategas, constituye una manera un tanto simplista de recordar que las relaciones de

Madrid con Túnez, Argel, Rabat y Nuackchot son vitales para la estabilidad política y económica de esa zona e imponen a nuestro país un esfuerzo diplomático destinado a preservar la paz en su frontera Sur. No hace falta recordar que en ese esfuerzo no podemos contar de antemano con el respaldo de nuestros socios de la OTAN ni con el de dicha organización.

España tiene que contribuir —debe contribuir— a la creación de una PESC (Política Exterior y de Seguridad Común) de la UE a la que pertenece, pero paralelamente tiene que estructurar su propia PESE, su Política Exterior y de Seguridad de España que satisfaga las aspiraciones y tranquilice las inquietudes de nuestra sociedad y dé más seguridad a la Península Ibérica. Esa PESE no está aún plenamente lograda, y ello hay que decirlo claramente porque durante más de una década nuestros dirigentes —dirigentes en el sentido más amplio de la palabra, es decir gobernantes, intelectuales, estrategas, economistas— han creído que con pertenecer a la UE y a la OTAN, se habían resuelto todos los problemas internacionales españoles.

La futura proyección internacional de España

Esta España cuyo perfil internacional hemos tratado de definir se enfrenta con un futuro próximo cargado de retos y de peligros. Retos que la sociedad española tiene que superar y peligros que tiene que sortear. ¿Cuáles son esos retos y esos peligros?

La amenaza principal que se cierne sobre todo Estado Soberano estriba en que sus intereses nacionales —aquellos que aseguran su bienestar o su tranquilidad— entren en conflicto directo con los intereses de otro Estado. Una rápida ojeada a nuestro horizonte inmediato nos permitirá identificar enseguida los puntos conflictivos previsibles que desde el exterior pueden turbar la paz de nuestra sociedad.

El primero y más importante de los peligros que se ciernen sobre la sociedad española en el próximo futuro proviene del Sur. Nada tiene que temer España de Portugal, cuyos intereses coinciden con los españoles. Poco tiene que temer de Francia, que es ya nuestro socio en la UE y en la OTAN. Sin embargo las relaciones de España con el Magreb exigen de nosotros —como ha ocurrido en el pasado— la máxima atención y dedicación. Los máximos esfuerzos en busca de soluciones buenas para todos. La máxima generosidad.

Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania conforman una zona geopolítica que limita al sur con el desierto y al norte y al oeste con España; con la España peninsular y las Canarias.

Nuestro país es para esta zona y sobre todo para su parte Norte habitada, la puerta de entrada a la gran potencia económica que se llama la Unión Europea. Una Unión donde radican los compradores de sus productos, los inversores en sus economías nacionales y el lugar de origen de la tecnología que el Magreb necesita para desarrollarse y modernizarse. Una UE a la que van en busca de trabajo sus emigrantes.

Una clase dirigente magrebí que conciba la proyección internacional de sus países en función exclusiva de los intereses reales de sus sociedades verá en España el aliado lógico inmediato en el plano político y el socio natural en el plano económico.

No parece que ocurra así. Argelia ve en España al comprador de su gas natural, y aunque hemos sido unos fieles clientes de ese gas durante casi medio siglo no hemos sabido ni españoles ni argelinos construir unas relaciones bilaterales más congruentes con los lazos que deberían unir a nuestros dos países. Parece que buscar unos objetivos amplios para esas relaciones debería ser una de las tareas a realizar por los dirigentes de la diplomacia española en los próximos años.

El caso de Marruecos es aún más importante y acuciante. A la percepción de España como un aliado y un socio que ya empiezan a sentir los sectores más jóvenes de la clase dirigente marroquí (empresarios y políticos) se contrapone la inercia mental de los que siguen viendo aún en nuestro país al antiguo colonialista. Esta inercia nos obliga a los españoles a multiplicar nuestros esfuerzos en pro de la construcción de una tupida red de intereses comunes que ayuden al progreso y a la modernización de la sociedad marroquí y que permitan ir resolviendo los contenciosos que separan a los dos países.

Por su situación geográfica y por su creciente nivel económico, España está llamada a ejercer una misión estabilizadora y pacificadora en esa zona, en beneficio de las sociedades que la habitan, en beneficio de la misma España y en beneficio de la Unión Europea. Ahora bien ¿nos apoyará dicha UE y el resto de Occidente en esa política orientada al Magreb que se ha iniciado ya con Marruecos y que debe profundizarse en el futuro?

Nuestra diplomacia no puede aceptar una respuesta negativa a esta pregunta. Debe empeñar sus mejores esfuerzos en obtener el respaldo permanente de la UE a una gran política cuyos fines benefician a toda Europa.

Por de pronto puede afirmarse que en el pasado, ni Francia ni Gran Bretaña habían apoyado una proyección de España hacia el Sur del Estrecho de Gibraltar. Más bien y como lo prueba la historia, la estorbaron cuando Madrid trató de ponerla en práctica. Es más, el Reino Unido sigue dificultándola desde Gibraltar.

La presencia británica en Gibraltar, en la forma en la que Londres quiere perpetuarla[5], resta mucha autoridad a cualquier política que nuestro país pretenda desarrollar al sur del Estrecho. Es ese el más grave perjuicio que el enclave gibraltareño causa a nuestro país por el mero hecho de existir, en la forma en que existe. Pero si además desde dicho enclave se ejerce una actividad política anti-española, el perjuicio se acrecienta. Desde Gibraltar, por ejemplo, se fomentó la rebelión del Rif contra España en los años 20 de este siglo que se acaba, y se ayudó a aplastar la rebelión del Rif contra Rabat en los años sesenta y setenta.

5 Los Estados Unidos están también presentes en el Estrecho (en Rota y en Morón) y esa presencia ayuda y no daña a España. «Rotificar» Gibraltar, hacer de Gibraltar una nueva base de Rota, no sería malo para el Reino Unido y sería bueno para España, los gibraltareños y desde luego para la unidad de Occidente.

Desde Gibraltar se hizo, se hace y existe el riesgo de que se siga haciendo una Política Exterior contraria a la de España que ya no beneficia a nadie. Casi, casi, ni al propio Reino Unido. Tratar pues de arreglar el problema de Gibraltar debe de ser también uno de los principales objetivos de nuestra Política Exterior. Hay que convencer al Reino Unido, a los miembros de la UE y a los miembros de la OTAN, de que si se quiere ejercer por parte de Occidente una labor estabilizadora al Sur del Estrecho, es necesario previamente que Occidente esté unido y obre de común acuerdo al Norte del Estrecho en cuestión.

No cabe duda que si Londres y Madrid están de acuerdo en tema tan vital para ambos (la reintegración de la Soberanía de España y la continuación de una presencia política del Reino Unido en el Mediterráneo) sería el paso más importante para la formulación de una Política Exterior de la UE de cara a sus inmediatos vecinos del Norte de Africa. No se olvide que la proyección española al otro lado de nuestra frontera Sur implica ya una proyección de la Unión Europea en la misma zona.

No es sólo en su inmediata vecindad donde los intereses españoles pueden entrar en conflicto con los de otros países aliados y amigos. La cada vez más importante presencia económica de España en Iberoamérica puede crearnos problemas y malentendidos con los Estados Unidos, problemas que vale la pena analizar e identificar aunque sea muy somera y superficialmente.

Debe aclararse ante todo que esos conflictos son más aparentes que reales y que por pensarlo así, el autor de este ensayo se atreve a evocarlos y a tratar de reducirlos a sus verdaderas y justas dimensiones.

En efecto, la posible colisión de intereses entre España y Norteamérica en Iberoamérica es fruto más bien de una percepción equivocada del mundo iberoamericano por parte de un sector de la sociedad estadounidense que de una colisión real de intereses claves de unos y de otros. Tratemos de explicar esta aseveración.

En Iberoamérica, es decir al sur del Río Grande y durante muchas décadas, la Política Exterior de los Estados Unidos ha sido determinada principalmente por las grandes empresas norteamericanas con intereses en la región que han impuesto sus criterios incluso a los representantes diplomáticos de Washington. Esas empresas norteamericanas han supeditado sus intereses al sur del Río Grande a la buena marcha del gran mercado norteamericano. Al funcionamiento de este último se supeditaban los mercados del Sur. Por ello, la aparición en la escena iberoamericana de inversores o agentes económicos extraños que puedan alterar un sistema ya establecido y dirigido desde el Norte puede no gustar a esas empresas.

Un ejemplo ilustra hasta qué punto esa irrupción de factores económicos extraños puede alterar la vida de una economía controlada por el mercado norteamericano y supeditada al mismo. Un país de la zona del Caribe que produce azúcar, tabaco, café y banano, ha vivido fundamentalmente de esos cuatro productos cuya cantidad, calidad y precio se regulan en los Estados Unidos por empresas de este último país. El Gobierno de ese Estado caribeño a la hora de legislar y de adoptar decisiones económicas ha tenido siempre y tiene que tener muy en cuenta los deseos y las convenien-

cias de las empresas que dan de comer a su propia sociedad. Si no obrase así, no tendría sentido de la realidad.

Pues bien, si en ese país —nada hipotético por cierto— hace su aparición España creando y promoviendo una industria turística cuya contribución al PIB local supera ya en mucho a la contribución de los cuatro productos agrícolas antes mencionados, la dependencia del mercado local respecto del mercado norteamericano se rompen y una situación económica con más de un siglo de vida se altera.

Nada tiene pues, de extraño, que los sectores económicos norteamericanos afectados por esta irrupción española la vean, en un principio, con disgusto y malos ojos. En 1999 y, según el «Wall Street Journal», nuestro país invirtió más capital en Iberoamérica que los Estados Unidos. Al divulgar esta noticia, el citado periódico sonaba la alarma ante la nueva «invasión de España» en el hemisferio occidental y alertaba a los americanos del Norte y del Sur sobre lo que el *Financial Times* de Londres calificaba como el «retorno de los Conquistadores».

Sería torpe ignorar que la reaparición económica de España en Iberoamérica altera un ordenamiento económico establecido en el siglo XIX por el propio peso del mercado norteamericano, pero también es torpe pensar que esas alteraciones van a ir en detrimento de los Estados Unidos. Nuestra diplomacia tiene que mantener con la norteamericana un diálogo constante sobre Iberoamérica. España aspira a que los países iberoamericanos sean —dentro de una estabilidad política democrática— cada vez más ricos y modernos, y a lograr ese gran objetivo responde la existencia y la actividad de las Cumbres de Jefes de Estado y Presidentes de Gobierno de Iberoamérica. Las inversiones españolas en esa zona del globo no aspiran a otra cosa que a crear riqueza, sin la existencia de la cual todo sistema político democrático tendría los pies de barro.

La Política Exterior de Washington no puede querer algo diferente para los países situados al sur del Río Grande, que son sus socios desde hace dos siglos. España y Norteamérica no se estorban en Iberoamérica. Muy al contrario, se complementan y en algunas ocasiones pueden y deben trabajar juntos con sus socios iberoamericanos.

Desde 1953, Washington y Madrid vienen actuando juntos en pro de la Seguridad de Occidente. Gracias a esos acuerdos España y los Estados Unidos se conocen bien y tienen confianza el uno en el otro. Esta vieja alianza que ha funcionado sin problemas desde hace casi medio siglo no debe dejarse que languidezca. Debe reactivarse, pues con ella se contribuye a preservar la unidad del mundo occidental, lo que es uno de los objetivos que debe perseguir la futura Política Exterior y de seguridad de la UE y naturalmente de España.

Esta unidad de Occidente por la que luchan los norteamericanos cuando quieren ampliar la OTAN y que es tenida en cuenta por la UE a la hora de organizar su PESC, es cada vez más esencial. En efecto, en otras zonas del planeta se van configurando nuevas potencias económicas que, incluso antes de haber asegurado el bienestar de sus sociedades, aspiran ya a ser potencias militares. China y la India, pero sobre todo China, son los vecinos futuros de unos Estados Unidos y de una Unión Europea que tendrán que estar

muy unidos si quieren mantener con las potencias emergentes un diálogo que favorezca el progreso y la paz.

El reto que representa sortear con eficacia estos problemas y estos posibles conflictos va, sin duda, a ocupar los años venideros de la proyección internacional de España. No hay que alquilar la bola de cristal a la gitana de Belgrado para hacer semejante afirmación. Pero no todos los peligros que se ciernen sobre una sociedad provienen del choque de los intereses de la misma con los de otras sociedades.

Si ojeamos la historia vemos que la tranquilidad de las naciones se ve de tiempo en tiempo perturbada por lo que me atrevería a denominar «vendavales históricos» que trastocan los ordenamientos políticos internacionales y los regímenes jurídicos, políticos y económicos de los países que conforman esos ordenamientos. Generalmente cuando esos «vendavales» pasan hay que reconstruir los citados ordenamientos sobre otras bases y en ocasiones partiendo de cero en un continuo tejer y destejer.

Ahora bien, así como los conflictos de intereses se ven venir por cualquier observador avezado de la Política Internacional, los «vendavales» como los ciclones suelen coger a los pueblos por sorpresa. Las guerras de religión que dividieron a Europa fueron uno de estos «vendavales», como lo fue otro la «descolonización» que barrió el planeta después de la Segunda Guerra Mundial.

La sociedad española supo resistir bien la crisis religiosa y ponerse a cubierto de sus efectos más negativos. España no se destrozó como se destrozó una Alemania, que todavía no ha acabado de recomponerse, ni se dividió en dos Estados —uno protestante y otro católico— como se dividió Francia hasta la noche trágica de San Bartolomé.

Pero, en cambio, nuestro país no supo comprender el proceso «descolonizador» y capeó muy mal este último «vendaval». Las clases dirigentes españolas (las que dirigían el régimen anterior y las que se oponían al mismo) no entendieron que la descolonización no consistía solamente en reconocer las independencias —más aparentes que reales— de los pueblos colonizados[6]. Había, además, que crear unas nuevas y especiales relaciones entre los mismos y sus antiguas metrópolis, relaciones orientadas a ayudarles a moverse en la vida internacional y a ganarse poco a poco la independencia económica y social después de haber accedido a la independencia política.

Avizorar el inicio de un nuevo «vendaval», prevenir del mismo al Gobierno y recomendar fórmulas para capearlo, es la tarea más difícil que se le puede plantear a cualquier diplomacia.

Recuerdo que en abril de 1968 fui a París para asistir a una negociación rutinaria con colegas franceses. El tiempo era espléndido. Los castaños de Indias empezaban a florecer. Los Campos Elíseos y la Calle del Faubourg Saint Honoré estaban llenas de jóvenes y

6 Es de justicia recordar que un ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Mª Castiella, vió con toda claridad la forma en que nos afectaba el «vendaval» de la descolonización —en África y en Gibraltar— y puso en marcha una política que, cumpliendo la misión descolonizadora que los tiempos exigían, salvaguardaba al mismo tiempo los intereses españoles. Ni le dejaron desarrollar esa política ni los que le sustituyeron supieron continuarla.

señoras de buen ver. Los restaurantes estaban llenos y también los teatros. Francia parecía vivir en el mejor de los mundos. Unos días después de mi regreso a Madrid estalló «el mayo de 1968» cuyos efectos no se limitaron a Francia. El «vendaval» de ese mayo acabó, entre otras muchas cosas, con la autoridad de un De Gaulle que había logrado sacar a Francia del pozo de la derrota sufrida en 1940 y de la letal crisis argelina.

¿Qué «vendaval» acecha en estos momentos a España y a sus socios?. Las algaradas acaecidas en Seattle a fines del pasado noviembre que ahogaron en raíz lo que iba a ser la Ronda liberalizadora del comercio del nuevo milenio —la Ronda del Milenio de la Organización Mundial de Comercio— nos dan una buena pista y nos permiten aventurar una predicción.

La «globalización» va a ser, sin duda, el próximo «vendaval histórico» que afecte al planeta. Ya se ha producido una globalización financiera a la que muchos países del sureste asiático y Rusia no supieron hacer frente en 1998, dando lugar a una crisis monetaria de la que empezamos a recuperarnos.

A esa «globalización» financiera seguirá otra más amplia —comercial y social— para acabar posiblemente en una globalización política que trastoque constituciones internas y ordenamientos jurídicos internacionales. Pero todo ello tomará su tiempo —las cosas suelen pasar de medio siglo en medio siglo— y los diplomáticos del 2025 serán, posiblemente, los que empiecen a comprender a fondo el problema.

Estoy seguro que España sabrá hacer frente a ese próximo «vendaval». La sociedad española está demostrando ser una de las más dinámicas y, al mismo tiempo, prudentes de la sociedad occidental.